

mallorquina respecto al exterior, como del conjunto de modelo especulativo que se impone en Mallorca.

Cerca de un tercio del libro está dedicado a apéndices estadísticos que serán agradecidos por todos aquellos que deseen discutir en el conocimiento de Mallorca. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La novela cifrada de Javier Tomeo

CON un solo párrafo, larguísimo párrafo que se deja leer al tirón (1), Javier Tomeo da la vuelta a la realidad como los pescadores dan la vuelta a las cabezas de los pulpos. Las formas posibles de esa realidad, descubiertas desde una perspectiva inusual (desde la no-existencia, desde el otro lado del espejo, desde el retiro voluntario), se desmoronan a medida que el protagonista-narrador-coautor imagina nuevas posibilidades.

Lo extraño del relato de Tomeo (a saber dónde están los límites entre el relato extenso y la novela corta) está cifrado, probablemente, en su extraño asunto y estructura: El marqués W da instrucciones a su criado, Bautista, para que lleve una carta al conde O. Las instrucciones constituyen el cuerpo único de la novela. Un breve inciso entre guiones —“me dijo aquella mañana el señor conde—” traslada artificialmente el papel de narrador al receptor de estas instrucciones, el criado.

En este cuerpo único —monólogo amenísimo— se incrustan todos los elementos que configuran el relato: la autodescripción del emisor de la carta (poco a poco se va perfilando como un aristócrata algo maniático, voluntariamente aislado durante veinte años, que vuelve a sentir el deseo de conectar con el mundo), su breve y voluble concepción del mundo, sus relaciones con los demás —empezando por el criado—, el objeto y contenido de la carta... Como línea básica del argumento subyacen las distintas posibilidades que pueden ocurrir al criado —según imagina el marqués— desde el momento en que salga del castillo hasta el momento en que, tras entregar la carta, obtenga una respuesta.

(1) Tomeo, J., El castillo de la carta cifrada, Barcelona, 1979. Anagrama (Contraseñas, 22).

Es, en realidad, esa respuesta, ese “feed-back”, lo único que está buscando el remitente del mensaje. Sus veinte años de soledad voluntaria desembocan en la necesidad de reiniciar un diálogo con el exterior que le permita

reafirmarse, revivir, demostrarse a sí mismo que sigue existiendo. Es el único objetivo de la carta, que no tiene en sí contenido alguno (está escrita, expresamente, de forma ininteligible, hasta el punto que ni el propio

autor la puede traducir), es la única moraleja: el diálogo como acto de presencia individual, como reafirmación.

Posibles trascendencias temáticas aparte, la novela viene a ser un juego, un ensayo, entre lógico

HIC ET NUNC

Antologías emergentes

DESDE distintas partes del planeta intelectual español se nos amenaza, aquí y ahora, con la publicación de nuevas antologías de la “nueva” generación poética de este maltratado país de las maravillas. Lleva sobre nosotros la amenaza de una taumaturgia sin parangón: la idea de muchos escritores que desprecian la soledad del corredor de fondo para amparar una obra —la suya—, las más de las veces mediocre, en el bosque de la colectividad. Se gana, de esta manera singularísima y pícaro, un nombre en el hit parade literario sin que, en realidad, se hayan hecho suficientes esfuerzos y méritos. Como contrapartida, por mor de los resentimientos que, sin duda, emergen en el contrito corazón de quienes excluidos de la antología se sienten ya en las penumbras del Averno, se suceden las nuevas ideas: contra antología generacional, otra antología generacional donde se incluye a todos los que fueron excluidos de la primera y, naturalmente, se excluye a todos aquellos divinos que fueron incluidos en la anterior. La ceremonia de la creación generacional pasa, pues, por la probeta de la antología en la que quieren ocultar su rostro —indeleblemente marcado por la mediocridad— quienes saben de su impotencia para ser corredores de fondo. El verbo se hace obra colectiva y habita, metamorfoseado en gremio generacional, entre nosotros.

Hace pocos meses salió al público una de estas antologías que encierra las maravillas poéticas de la nueva generación española: como en todas las antologías, ni están todos los que son, ni son todos los que están. Falta rigor y talla literaria y sobra familiaridad, parentesco, amiguismo —inclemente nepotismo de esta provinciana intelectualidad española, cuya pretensión de verse en negritas en las gacetas de los columnistas es más fuerte que sus hipotéticos instintos literarios—. El mayor error de los antólogos no es, sin embargo, el rigor crítico que, evidentemente, brilla por su ausencia, sino la ausencia del futuro Premio Nobel de la generación. ¿Cómo es posible que los antólogos

hayan despreciado su nombre, excluyéndolo de la selección? ¿Acaso al excluirlo a él no se excluyen los valores internacionales de esa posible generación, restándole su mayor importancia?

Hace algunos años, el futuro Premio Nobel de “la generación del 70” me propuso la idea de hacer una de estas curiosas y simpáticas antologías. El se encargaba, naturalmente, de la poesía. Mi juego era la novela. “Pero nosotros nos mantendremos al margen, ¿no?”, le comenté, algo escandalizado. “¿Qué quieres decir?”, contestó con extrañeza el poeta-antólogo.

“Quiero decir que nosotros debemos estar fuera de la antología. Que debemos quedar al margen”, le dije. “¿De ningún modo! Si el objetivo es precisamente el contrario: hacemos la antología para estar nosotros dentro”. La idea quedó sólo en eso: él siguió su irresistible ascensión de futuro Premio Nobel, llenándonos de envidia a toda la generación “nueva”.

Ahora, quienes se sintieron excluidos por la antología recientemente publicada por Cátedra han tomado el camino de Damasco, lanza en ristre y catilinaria al quite: a antología puesta, planteamiento nuevo y nueva antología con el futuro Premio Nobel a la cabeza de los nombres escogidos. No hay mal que por bien no venga; y el que no se conforme es porque no quiere. Una de las consecuencias de esta taumaturgia que no cesa es precisamente la existencia real de una teórica utopía: la sustancia de las generaciones. La rapidez con la que actúan los protagonistas de las antologías es equiparable sólo a la torpeza de aquellos escritores que aún no han entendido que no es mejor poeta quien sea más conocido o, dicho de otro modo, no necesariamente el poeta más conocido es el que mejor escribe. Muchas confunden el trigo sucio con las tómparas. Y otros se plantean la creación literaria como un juego deportivo. Como el tenis, por ejemplo. Lo peor de todo es que esta taumaturgia complace la idea de quienes se sienten solamente cuando generacionalmente existen. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

